

CRISTINA PALOMAR VEREA

## CINCUENTA AÑOS DE *EL SEGUNDO SEXO*

Para Teresa Orozco

"Disipar los mitos, decir la verdad: es una de las metas que he perseguido más distintamente a través de mis libros. Esta distinción tiene sus raíces en mi infancia: odiaba lo que mi hermana y yo llamábamos la 'tontería': una manera de sofocar la vida y sus gozos bajo los prejuicios, las rutinas, las apariencias, las consignas vacías. He querido escapar a esta opresión, y me he prometido denunciada".

*Simone de Beauvoir*

Este año se cumplen 50 desde la publicación de *El segundo sexo*, un ensayo que ha sido uno de los textos que más ha influido en el feminismo y en el pensamiento social, en general, de la segunda mitad del siglo XX. Por esta

razón se han celebrado diversos encuentros que analizan el impacto del trabajo, las dificultades de sus múltiples traducciones, la evolución del pensamiento de Beauvoir después de *El segundo sexo* y otros temas. Tales celebraciones son importantes y este pequeño artículo quiere sumarse a ellas para rendir un muy personal homenaje a esta autora y al mencionado libro, que han sido fundamentales en la cultura contemporánea, en las nuevas maneras de ser de las mujeres de nuestros tiempos, así como en mi trayectoria individual.

Simone de Beauvoir es de esas figuras que pueden ser definidas de diversas maneras: novelista, ensayista, polemista y dramaturga; escritora de libros de viaje, de testimonios, de una de las autobiografías más serias en su afán por alcanzar algo de sí misma que pudiera ser ofrecido a los demás como algo único; feminista, y también como quien, junto con Jean-Paul Sartre, inauguró una nueva manera de pen-

sar y de vivir las relaciones afectivas. Todo esto forma parte de su hacer, de su *proyecto personal de vida*, que estuvo guiado por un deseo irrefrenable de quererse *responsable y autora* de la propia existencia.

El personaje de Simone de Beauvoir es complejo y, para mí, entrañable. La lectura de *Memorias de una joven formal* (1958), de *La plenitud de la vida* (1960), de *La fuerza de las cosas* (1963) y de *Ajuste de cuentas* (1972), que, junto con *La ceremonia del adiós* (1983), forman las memorias de Simone de Beauvoir, nutrieron de una manera muy importante las reflexiones compartidas con amigas muy cercanas y también entrañables, durante los años en los que se nos imponía tomar decisiones sobre nuestros proyectos de vida, proyectos intelectuales, proyectos amorosos, proyectos políticos. Leer *La invitada* (1943) y *La mujer rota* (1968) nos llevaba a largas conversaciones sobre cómo había que construir nuevas maneras de en-

tender las relaciones afectivas y los distintos afectos involucrados. *Una muerte muy dulce* (1964) nos permitía pensar en hondos significados en la relación con la madre y con la misma muerte, tema que se profundiza en *La ceremonia del adiós*. *Los mandarines* (1954) significó una revelación para comprender el movimiento de izquierda internacional y, particularmente, el francés. *Todos los hombres son mortales* (1946) nos llevaba a plantearnos serias preguntas en torno a la misma existencia. En fin, abarcaría mucho espacio hacer el recuento de lo que la pródiga escritura de Simone de Beauvoir nos dio. Pero no es posible dejar fuera a *El segundo sexo* (1949), como obra absolutamente central en la reflexión que nosotras y generaciones enteras han podido tomar para pensar lo que significa ser sujetas sexuadas sometidas a una sistema de género que determina la existencia individual.

*El segundo sexo* forma parte de la llamada "segunda ola" del feminismo,

siendo la "primera" la lucha sufragista. Con esta obra, Beauvoir confiere un nuevo vigor a los planteamientos feministas, aunque, en la introducción del libro, la autora habla de las mujeres en tercera persona y del feminismo como algo externo a sus propósitos. La importancia de este ensayo —del que se editaron en lengua inglesa dos millones de ejemplares en los años cincuenta, que fue traducido a 121 idiomas, produciendo lo que podría llamarse un "impacto global", y del que se sabe que desde su edición original es motivo de la publicación de tres libros promedio al año—, fue materializándose en los decenios siguientes, en la "tercera ola" del feminismo: en los Estados Unidos, durante los años sesenta, con la obra de Betty Friedan; y en todo Occidente, en la década de los setenta, cuando el feminismo salió a la calle al mismo tiempo que los movimientos emancipatorios y contraculturales surgidos en torno a mayo del 68.

*El segundo sexo* constituye un hito en la historia de la teoría feminista. Consiste en una revitalización de los principios ilustrados, instrumentada por medio del existencialismo. Su autora analiza en esta obra la condición de la mujer desde una perspectiva totalizadora: su diagnóstico es que la mujer es un existente degradado porque las posibilidades de realizarse como el ser trascendente que es, le están cercenadas por la situación de opresión en que se encuentra. Se compone de dos partes: en la primera, la autora investiga si hay un fundamento científico por el que las mujeres merezcan la situación de opresión, a lo que concluye negativamente. En la segunda, muestra cómo se vive en la situación de oprimida, cómo existen las mujeres en esa condición que les han adjudicado los hombres, y al final se apuntan vías para salir de la situación de opresión.

La vida de Simone de Beauvoir fue larga, nutrida e interesante. Nació en

Francia en 1908, y sus obras y acciones públicas fueron múltiples y muy difundidas. Con frecuencia se mencionan los escándalos en los que estuvo involucrada, desde la firma del desplegado en el que cien mujeres asumían públicamente haber abortado como parte de la lucha de ese momento por la despenalización del aborto en Francia, hasta la publicación del libro de Bianca Lamblin,<sup>1</sup> en el que, de manera publicitaria, se habla de las relaciones bisexuales y tripartitas de Simone de Beauvoir. Muchas de las cosas de su vida estuvieron determinadas por el momento histórico y cultural en el que vivió, particularmente su liga con el movimiento existencialista francés. A propósito, podría agregarse quizá que Beauvoir es una excelente narradora de este último en sus memorias: hace los recuentos necesarios de los acontecimientos e ideas que en ese momento se trabajaban, se desarrollaban y se lle-

vaban a la práctica; ofrece descripciones y análisis muy finos de los diversos personajes contemporáneos que eran parte de dicha corriente filosófica, así como de los escenarios y de la forma de vida que se desarrolló a partir de ésta.

Hay muchísimas cosas que pueden decirse sobre Simone de Beauvoir. De hecho, existen muchos trabajos sobre su obra en tanto que filósofa, que mujer de letras, que feminista. Pero además de hablar de lo que su obra ha representado, conviene reflexionar sobre cuál ha sido el papel de esta autora en el desarrollo del campo de los estudios de género.

La categoría *género* es una herramienta de reciente creación, cuyo uso no está aún muy generalizado. El concepto hace referencia a la producción de formas culturalmente apropiadas respecto al comportamiento de los hombres y las mujeres en cuanto sujetos sexuales. Se habla de un *sistema de género* como aquello que, en una

<sup>1</sup> Bianca Lamblin. *Memorias de una joven perturbada*, Planeta, México, 1995.

sociedad particular, norma, articula y conforma los significados que se elaboran a partir de la diferencia sexual; es decir, la manera en que una sociedad comprende y vive eso que se llama "ser hombre" o "ser mujer".

Los estudios de género se han incorporado en las dos últimas décadas a todas las ciencias sociales, ya que si se habla de una construcción cultural, por fuerza ha de ser parte de su objeto de estudio. La introducción del análisis feminista en las ciencias sociales ha traído consigo tanto la redefinición de muchos de sus conceptos, como también la crisis de sus paradigmas.

Sin embargo, el concepto de género tiene raíces históricas más antiguas de las que usualmente se le conceden: hay quienes encuentran la génesis de esta noción en el siglo XVII, con el pensamiento de un autor francés de filiación cartesiana llamado Poulain de la Barre, quien alrededor de 1670 publicó tres textos en los que

polemizaba con los partidarios de la inferioridad de las mujeres.<sup>2</sup> Su idea central era que la desigualdad social entre hombres y mujeres no es consecuencia de la desigualdad natural, sino que es la propia desigualdad social y política la que produce teorías que postulan la inferioridad de la naturaleza femenina.

Posteriormente, fue en el siglo XVIII cuando la idea de que el género era una construcción social terminó por consolidarse. Durante la Ilustración, los individuos descubrieron, individual y colectivamente, que la desigualdad no era un hecho natural, sino histórico. Ya Rousseau, en su *Discurso sobre el origen y fundamento de la desigualdad entre los hombres*, había fabricado una impugnación radical de la desigualdad social, política y económica entre los individuos, a pesar de que creía firmemente que la especie huma-

<sup>2</sup> Rosa Cobo Bedia. "Género", en Celia Amorós (dir.). *10 palabras clave sobre mujer*, Verbo Divino, Pamplona, 1995.

na estaba dividida en dos sexos y que la sociedad debía, por lo tanto, estar dividida en dos espacios; asignaba el espacio público a los varones, y el privado y doméstico a las mujeres. En su planteamiento se traduce un supuesto de que las mujeres serían "menos individuos" que los varones.

En el mismo contexto de la Ilustración, Mary Wollstonecraft, escritora feminista inglesa perteneciente al círculo de los radicales, denunció el pensamiento patriarcal de Rousseau y de cuantos escritores habían conceptualizado a las mujeres como seres artificiales, débiles e inferiores a los varones.

El siglo XIX tuvo vaivenes complejos para las mujeres y para el feminismo: por una parte, después de terminada la Revolución Francesa, los conceptos de Rousseau sobre lo femenino se reactivaron en el movimiento romántico, bajo la forma de una misoginia muy evidente; por la otra, se dio una de las luchas más duras de las mujeres en favor del sufragio. De un

lado, la misoginia romántica pone a las mujeres como inferiores a los varones en los escritos de autores como Hegel, Schopenhauer y Nietzsche; y del otro, Stuart Mill, en *La sujeción de la mujer*, hace una importante aportación para desmontar ideológicamente los prejuicios sobre la inferioridad de las mujeres.

Una vez alcanzado el derecho al voto, hubo una pausa en las aportaciones intelectuales sobre la condición de las mujeres, hasta que en el año 1949, Simone de Beauvoir publicó *El segundo sexo*, con el que se aproxima lúcidamente al concepto de género al formular su conocida sentencia: "No se nace mujer, se llega a serlo". Con esto planteaba que ningún destino biológico, psíquico o económico define la figura que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana; es el conjunto de la civilización el que elabora ese producto al que se califica de femenino. Esta clara fundamental no sólo precede en más

de veinte años los estudios de género que se realizan en los Estados Unidos a partir de la década de los setenta, sino que muchos de éstos se derivan de la tradición feminista ilustrada de Simone de Beauvoir. Éste es el caso de uno de los textos más paradigmáticos de esos años: *La política sexual* de Kate Millet.

Desde los años setenta, varias académicas anglosajonas tematizaron la intuición intelectual de Simone de Beauvoir con la categoría género, e incorporaron en dicho término el sentido que le daba la vertiente médica de la psicología, que se interesó en el estudio de los trastornos de la identidad sexual. Así, la categoría género se convirtió rápidamente en uno de los cimientos conceptuales con que las feministas construyeron sus argumentos políticos.

Actualmente, las teorizaciones en torno al género han rebasado el marco feminista inicial, y el uso de esta categoría se ha extendido entre los cientí-

ficos sociales, especialmente entre las y los anglosajones, cuestión en gran parte debida a que la acepción en inglés del término *gender* es unívoca, implicando una clasificación relativa al sexo, que en castellano es muy problemática dada la polisemia que implica ese en nuestro idioma.

La sentencia elaborada por Simone de Beauvoir, de que una no nace mujer sino que es algo que se llega a ser, está muy acorde con la mirada existencialista de la que se parte y con su idea de *proyecto de vida*; implica que lo que llegamos a ser no es lo que somos ya, y que el género se halla desalojado del sexo. Para esta autora, *llegar a ser* mujer es un conjunto de actos intencionales y apropiativos, la adquisición gradual de ciertas destrezas, un "proyecto" en términos sartreanos, para asumir un estilo y una significación corporales culturalmente establecidos. Esto conlleva igualmente la idea de la elección, lo cual ha llevado a algunas autoras, como Judith

Buttler,<sup>3</sup> a plantear el problema de que si se parte de que el género es comprendido como algo elegido, ¿qué le ocurre entonces a la definición de género como una interpretación cultural del sexo?; es decir, ¿qué le ocurre a los diversos modos por los que ya estamos culturalmente interpretados?, ¿cómo puede ser el género a la vez una cuestión de elección y una construcción cultural?

Estas cuestiones han problematizado la ambigua naturaleza de la identidad de género que se desprende de las formulaciones de Simone de Beauvoir, en torno a ese yo cultural que se llega a ser pero que parece que siempre lo hayamos sido. Es conveniente apuntar que Beauvoir no pretende describir en *El segundo sexo* una teoría de la identidad de género ni de la adquisición de género, y aun así su formulación del género como un pro-

yecto invita a especular sobre una teoría en ese sentido.

En 1978, Monique Wittig, feminista francesa, escribió un artículo muy conocido titulado "No se nace mujer",<sup>4</sup> en el que amplía el planteamiento de Simone de Beauvoir e intenta darle sentido cultural a la doctrina existencial de la elección. Género se convierte en el *locus* corpóreo de significados culturales tanto recibidos como innovados. Y en este contexto la "elección" pasa a significar un proceso corpóreo de interpretación dentro de una red de normas culturales profundamente establecida, lo cual vuelve muy complicado comprender qué aspectos de este cuerpo son naturales o cuáles carecen de impronta cultural. En otros términos, ¿es posible encontrar un cuerpo que preexista a su interpretación cultural? Se replantea, pues, la distinción entre sexo y género, que es un punto muy feun-

<sup>3</sup> Judith Butler. "Variaciones sobre sexo y género: Beauvoir, Wittig y Foucault", en Marta Laras (comp.). *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, PUEG (UNAM)-Porrúa, México, 1996.

<sup>4</sup> *Idem*.

do para ser reflexionado a partir de la obra de Simone de Beauvoir y, desde ciertas ópticas, muy problemático.

Otra idea fundamental que *El segundo sexo* propone, es que las mujeres son "el otro". Efectivamente, así es como aparece conceptualizada la mujer en los mitos y como ha sido considerada históricamente desde los tiempos más remotos y como es también implícitamente designada en la cultura en nuestros días. Asumiendo la idea hegeliana de que las relaciones entre los humanos son constitutivamente conflictivas, de que el reconocimiento como iguales va precedido de una lucha por dominar al otro, Beauvoir piensa —en diálogo y discusión con Engels, cuyo economicismo considera reductivista—, que el origen de la dominación de la mujer por el varón se remonta a la lejana edad de los metales, cuando, gracias al progreso técnico que éstos trajeron, la agricultura se hizo extensiva, apareció la propiedad privada y la división del tra-

bajo: los varones, físicamente dotados de más fuerza, se lanzaron a expediciones guerreras de mayor envergadura, sometieron a otros como esclavos y relegaron a la mujer al hogar y a la reproducción. De modo que el deseo originario de toda conciencia humana de dominar al semejante lo hacen los varones sobre las mujeres, aprovechando una coyuntura histórica favorable. Y ésa es la razón de la dominación, una razón ontológica —no sólo económica, como pensaba Engels— reforzada por unas circunstancias históricas propicias. El varón pone por encima del valor de la vida a la guerra y la muerte, y la mujer queda encargada de reproducir la vida.<sup>5</sup>

En este contexto, cabe la siguiente pregunta: ¿por qué la mujer no consiguió hacer de la maternidad un trono? Porque reproducir la vida no fue reconocido como un valor. La humanidad

<sup>5</sup> Teresa López Pardiña. "Autonomía", en Gelia Anorós (comp.), *op. cit.*

otorgó la superioridad "no al sexo que engendra, sino al que mata", señala Beauvoir. Así, la mujer ha llegado a ser una suerte de sierva para el varón. La autora compara las relaciones entre los sexos con las de las figuras hegelianas del amo y el esclavo. Estas figuras representan dos modos de ser, el de la dominación y el de la servidumbre; son también un paradigma de la desigualdad en el reconocimiento entre conciencias, una de las "salidas" posibles de la constitutiva conflictividad de los humanos. El amo, que se atribuye la humanidad como propia, es *á mismo*; el esclavo, que es heterodeterminado desde la posición del amo, es *el otro*. Así es concebida la mujer en la ideología patriarcal. Por esto ella solamente puede reconocerse en el varón. Lo que ella es lo es siempre con referencia a un varón que es su padre, esposo, hijo o amante. Esto es, su identidad le viene concedida en cuanto se reconoce como subordinada del hombre, en cuanto se define por su

relación con él. Y esta relación es siempre asimétrica y desigual.

Pero probablemente la idea más importante en un nivel teórico para la conceptualización del género que aporta *El segundo sexo*, es que las mujeres no tienen ningún tipo de esencia y, por tanto, no tienen necesidad natural; y, desde luego, lo que llamamos una esencia o un hecho material simplemente es una opción cultural reforzada que se ha disfrazado de verdad natural. En consecuencia, su visión sobre la maternidad, fenómeno tradicionalmente entendido como respuesta a una supuesta "naturaleza femenina" y base de una igualmente supuesta esencia, consistía en que ésta es finalmente la forma más inteligente de esclavizar a las mujeres.<sup>6</sup> Esto no quiere decir que toda mujer que sea madre se convierta automáticamente en esclava, ya que pueden darse condiciones de vida bajo las cuales la

<sup>6</sup> Entrevista de Alice Schwartz con Simone de Beauvoir, 1983 [mimeografiada].

maternidad no tenga ese precio. Simone de Beauvoir creía que lo que las mujeres deberían buscar es una transformación de la maternidad y la femineidad.

Beauvoir, con *El segundo sexo*, recorre todas las etapas de la vida de la mujer y va mostrando cómo el pretendido carácter femenino, con sus rasgos de sumisión, dependencia y pasividad, es una construcción cultural de los hombres. Las diferencias hombre-mujer no tienen, pues, origen biológico ni psicológico, sino que su origen es cultural. La femineidad, como la masculinidad, es un estereotipo cultural que hay que aprender o, dicho en un lenguaje actual, el género es una construcción cultural sobre el sexo. La mujer pasa por la particular experiencia de sentirse, como individuo, sujeto absoluto, con su autonomía y su trascendencia y, sin embargo, descubrir en sí la inferioridad al hacer el aprendizaje del papel que se le otorga en el mundo; por esta experiencia de

considerarse a sí misma como *la misma* y descubrirse, a la vez, como *la otra*.

*El segundo sexo* es, pues, un ensayo filosófico que ha fecundado los debates del feminismo contemporáneo; sin ser un libro de feminismo militante, le ha dado mucho fundamento al haber hecho reflexionar a las mujeres desde una posición radical, proponiendo una transformación de la sociedad para suprimir toda forma de opresión de un sexo por otro. Finalmente, el feminismo no es nada más un movimiento que involucre solamente a sus militantes; la sociedad toda es afectada por sus efectos y sus planteamientos. Puede decirse que el feminismo es parte de las políticas democráticas avanzadas y un indicador de desarrollo social, así como un conjunto de políticas de gestión. Y es también una propuesta alternativa de valores y de discursos que altera radicalmente las formas tradicionales de concebir las relaciones sociales.